

PABLO MORILLO, UN MARINO EN EL EJÉRCITO DE TIERRA FIRME

Manuel MORENO ALONSO
Universidad de Sevilla



L general Morillo, teniente general español y comandante del Ejército expedicionario de Costa Firme en la guerra de Independencia de Venezuela y Colombia, fue originariamente un marino. Nacido en Fuentesecas (Zamora) en 1778, una aventura juvenil le obligó a escaparse del hogar paterno, alistándose en 1791, con tan sólo trece años, en el Real Cuerpo de Marina. Fue el comienzo de una carrera meteórica por parte de un hombre que de soldado raso pasó a escalar los más altos puestos del Ejército, llegando a recibir los títulos de marqués, conde y caballero Gran Cruz de varias órdenes. A lo largo de ella nunca se discutieron sus dotes de mando.

En palabras de su biógrafo, Antonio Rodríguez Villa (1), su memoria fue «popularísima» en su tiempo, aunque con posterioridad se fue poco a poco extinguiendo con ocasión de los agitados sucesos políticos que ocurrieron después de su muerte, ocurrida en Francia en 1837 (2). Particularmente discutida fue su lucha en América, tanto por parte de los españoles (3) como de los

(1) Antonio Rodríguez Villa presentó inicialmente un sumario con la vida de Morillo, que leyó ante la Academia de la Historia el 1 de mayo de 1908, con motivo del primer centenario de la Guerra de la Independencia. Un año después dio a luz una primera versión de su biografía, *Don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de la Puerta, teniente general de los ejércitos nacionales (1778-1837). Resumen de su vida*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Fortanet, 1909.

(2) RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *El teniente general don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de la Puerta (1778-1837)*. Madrid, Editorial América, 1920, I, 11.

(3) «Manifiesto que hace... el Teniente General Don Pablo Morillo y General en Jefe del Ejército expedicionario de Costa Firme con motivo de las calumnias... publicadas contra su persona en 21 y 28 de abril último en la *Gaceta de la Isla de León* bajo el nombre de Enrique Somoyar». Impreso en Caracas por don Juan Gutiérrez, reimpresso, 1821.

americanos (4). Sobre ello él mismo dio su versión en unas *Mémoires du général Morillo*, publicadas en Francia en 1826, que resultaron poco conocidas en España (5).

En verdad, salvo las publicaciones realizadas con motivo del primer centenario de la Guerra de la Independencia (6), y una nueva versión ampliada, ya citada, de Antonio Rodríguez Villa, el personaje cayó en el olvido hasta 1947, en que fue objeto de una biografía (7). Con posterioridad se ha vuelto a estudiar su participación en América (8), particularmente en Venezuela (9), reeditándose obras de época en las que el propio general aparece como principal protagonista (10). Por su parte, en 1985, la Real Academia de la Historia publicó también el fondo de su rica colección «Pablo Morillo» (11). Un material que, sin duda, aclarará no pocos aspectos de la vida del general, tanto en el laberinto español como en el atlántico (12), pues realmente fue un militar entre dos mundos (13).

Su actividad militar dio comienzo durante la guerra contra la Convención. Destinado al Departamento de Ferrol cuando apenas había cumplido quince años, se halló, en los primeros días de mayo de 1793, en el desembarco de la isla de San Pedro de Cerdeña, y después en el sitio de Tolón, donde tomó parte en siete acciones. Seguidamente participó en la acción de Cullera, el 13 de agosto de 1794, hallándose en el sitio del castillo de la Trinidad en Rosas. Posteriormente, durante la guerra con Inglaterra, fue hecho prisionero a bordo del navío *San Isidro* en el ataque naval de 14 de febrero de 1797. Hallándose de nuevo en libertad poco después, estuvo también en el bombardeo de Cádiz por los ingleses y asistió a las acciones de 5 y 7 de julio del mismo año.

(4) «Contestación que da... al libelo infamatorio que ha hecho contra su persona desde Burdeos el americano prófugo de esta Corte D. Andrés Level de Goda». Madrid, s. n., 1822.

(5) *Mémoires du General Morillo, comte de Carthagène, marquis de La Puerta, relatifs aux principaux événements de ses campagnes en Amérique de 1815 à 1821*. Paris, chez P. Dufart, 1826, 452 pp.

(6) SANTIAGO Y GADEA, Augusto C. de: *El general Don Pablo Morillo. Apuntes históricos acerca de sus hechos militares*. Madrid, Herederos de Hernando, 1911, 122 pp.

(7) ANDRÉS RÉVÉSZ, Morillo: *El Teniente General Don Pablo Morillo, primer Conde de Cartagena*. Madrid [Nebrija], «Gran Capitán», 1947, 206 pp.

(8) ARAMBARRI, Francisco Javier: *Hechos del General Pablo Morillo en América*. Madrid, Embajada de Venezuela, 1971, 276 pp.

(9) STOAN, Stephen, K.: *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820*. Columbus, Ohio State, 1974, 249 pp.

(10) SEVILLA, Rafael [muerto en 1856]: *Memorias de un oficial del Ejército Español. Campañas contra Bolívar y los separatistas de América*. Ed. fasc., 3.^a ed. 1983.

(11) CONTRERAS, Remedios: *Catálogo de la colección Pablo Morillo, conde de Cartagena*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1985-1988, dos volúmenes.

(12) GALOVART, P.: *El laberinto atlántico*. Vigo, Pablo Morillo 4, 2001, 175 pp.

(13) QUINTERO SARAVIA, Gonzalo: *Pablo Morillo: general de dos mundos*. Colombia, Planeta, 2005.

En reconocimiento a su valor en el combate fue ascendido a sargento a comienzos de octubre de 1797, imposibilitado de optar a la clase de oficial por no haber entrado a servir de guardia marina y haber realizado sus estudios en los colegios de los departamentos. Precisamente con este empleo de sargento concurrió al combate naval de Trafalgar a bordo del navío *San Ildefonso*, donde fue herido y hecho prisionero.

Según los cálculos de Rodríguez Villa, seis años, seis meses y doce días desempeñó Morillo el cargo de soldado y cabo entre 1791 y 1797, y diez años, ocho meses y un día el de sargento. Por fin, iniciada la guerra contra Napoleón, el 2 de junio de 1808, dejó la Marina para integrarse en el Ejército cuando se preparaba en las inmediaciones de Sevilla el de Bailén, donde fue ascendido a subteniente del regimiento de infantería Voluntarios de Llerena creado entonces. Ascenso que se debió al propio general Castaños, a quien, en abril de 1811, se lo recordaría reconociendo «ser V. E. mi origen. V. E. se dignó redimirme a la verdad, pues extrayéndome de Marina en la villa de Utrera al organizarse las tropas que se disponían a la gloriosa batalla de Bailén, conseguí el gran apoyo de la fortuna que disfruto» (14).

El adiestramiento del Ejército de la Junta Suprema de Sevilla en los campos de Utrera en junio de 1808 selló para siempre el destino de Pablo Morillo, al abandonar definitivamente la Marina (15). Aunque su experiencia



Retrato de Pablo Morillo (1179-1837), conde de Cartagena y marqués de la Puerta, teniente general del Real Ejército, sargento del Real Cuerpo de Infantería de Marina. (Museo Naval. Madrid).

(14) RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *El teniente general Don Pablo Morillo*, cit., 43.

(15) Cfr. MORENO ALONSO, Manuel: *La Junta Suprema de Sevilla*. Sevilla, Ed. Alfar, 2001, p. 157 y ss.

en ella habría de ser motivo de inspiración en no pocas de sus responsabilidades militares posteriores. Como marino se halló todavía en la rendición de la escuadra francesa en Cádiz. Aunque su actuación más decisiva se produjo el 19 de julio de 1808 en la batalla de Bailén (16).

Descadenada la guerra contra los franceses definitivamente en 1808, cuando tenía treinta y tres años, su arrojo y valentía le hicieron ascender rápidamente. Seguidamente luchó en Extremadura, participando en acciones de guerrilla como abanderado de uno de los cuerpos formados en Andalucía. Su hoja de servicios es pródiga en acciones en donde de forma progresiva se fue distinguiendo cada vez más el antiguo sargento de Marina.

A requerimiento del presidente de la Junta Suprema de Sevilla don Francisco Saavedra, fue enviado a Galicia para propagar la resistencia contra los invasores. Su fama trascendió ya entonces a los medios políticos. Por ello fue promovido al grado de capitán del Regimiento de Voluntarios de España en 22 de enero de 1809, a poco de instalarse en Sevilla la Junta Central. En el largo viaje de Sevilla a Galicia fue cogido prisionero por los portugueses como sospechoso de espionaje cuando desde Oporto se dirigía a entrevistarse con el marqués de La Romana. En esta situación, su arrojo y valor sobrecogieron a sus propios compañeros (17).

Seguidamente, por su valentía y decisión en el sitio de Vigo, aparte de por su condición de especie de comisario de la Central, fue nombrado coronel. Fue él quien se ascendió a sí mismo a fin de vencer los escrúpulos del jefe de la guarnición francesa que no quería rendirse ante un mero teniente. La impresión que causó en los cuatro mil paisanos que sitiaban la ciudad bajo el mando del mayorazgo Joaquín Tenreiro y un oficial de infantería de Portugal, titulado general, y de varios curas párrocos, la relató el propio Morillo, quien firmó la capitulación el 27 de marzo de 1809 con el grado de coronel (18).

(16) Cfr. MORENO ALONSO, Manuel: *La Batalla de Bailén. El surgimiento de una nación*. Madrid, Ed. Sílex, 2008, p. 303 y ss.

(17) Según el testimonio del canónigo Manuel Acuña y Malvar, persona de gran crédito en Galicia y hombre de confianza de la Central que lo acompañaba, su valor fue increíble. «Yo —relató después Acuña—, aunque a la fuerza, me hube de conformar con esta determinación; pero Morillo montó en tanta cólera que, desenvainando su sable delante del gobernador y del pueblo, dijo que estaba pronto a morir antes que permitir le llevasen preso a Braga. En mi vida espero ver hombre más determinado ni más lleno de coraje. Nosotros le habíamos dicho que nos asegurasen en el castillo mientras no se desengañaban de quiénes éramos; y Morillo añadía que los cuarenta ordenanzas (que debían escoltarlos) no servían más que para alborotar los pueblos del tránsito, siendo el resultado quitarnos la vida antes de llegar a Braga; y así, concluía, que si había de perder la vida tan infamemente, quería perderla allí». Testimonio recogido por GÓMEZ DE ARTECHE, J.: *Guerra de la Independencia*, y por RODRÍGUEZ VILLA, A.: *El teniente general Don Pablo Morillo*, cit., I, 21.

(18) *Gaceta extraordinaria del Gobierno*, 15 de abril 1809. Recogida en CANGA ARGÜELLES, José: *Observaciones sobre la historia de la guerra de España. II*, 78-84.

«Morillo —escribirá con posterioridad el conde de Toreno—, ya por sus activas y acertadas disposiciones, ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores a coronel, y reconocieronle como superior, a fin de que a vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante francés» (19).

La rendición de una plaza fuerte como era la de Vigo, de tan alta significación estratégica, causó sensación y resonancia en toda España. Toda vez que la guarnición francesa, que se rindió al flamante coronel Morillo, constaba de un coronel, 45 oficiales y cerca de 1.500 hombres; mientras que los sitiadores carecían de artillería y de tropas entrenadas. Según escribió el capitán inglés MacKinley a su jefe el vicealmirante a bordo de la fragata *Libely*, a la vista de Vigo, todo se debió a la tenacidad, energía y actividad de Morillo.

Libertada la plaza de Vigo, en la que los franceses entregaron dos partidas de 117.000 y 19.755 francos —que Morillo ordenó distribuir entre la tropa y paisanaje que participaron en el asedio—, el coronel se dirigió con su gente a recobrar la plaza de Tuy, que a punto estuvo también de caer en sus manos. Aun cuando Morillo se dirigió a Santiago, persiguiendo a los enemigos muy de cerca, su participación en la acción de Puente Sampayo obligó en buena medida a los franceses a evacuar rápidamente las provincias gallegas, no sin incendiar vengativamente 31 pueblos. Fue una victoria sobre el mariscal Ney (8 de mayo de 1809) que consagró al joven oficial de voluntarios con una aureola militar indiscutible. Él mismo se encargó de reclutar y organizar el Regimiento de la Unión, que habría de hacerse célebre.

En 29 de marzo de 1810, Morillo se encontraba de nuevo en Extremadura, en Medellín, desempeñando una misión que le había encomendado el marqués de La Romana. Seguidamente salió para Llerena con objeto de recoger los muchos dispersos que se escondían en los pueblos de su partido. A cuyo efecto dirigió enérgicas y animosas proclamas a las justicias y vecinos de Puebla de la Reina, Palomar, Oliva, La Zarza, Mange, Higuera, El Valle, Retamal, Campillo, Llerena, Villafranca y Hornachos entre otros. Misión ésta en la que se adueñó de Feria, a donde llegó el 16 de abril. Dado el valor defensivo de su antiguo castillo, situado en un punto escarpado inaccesible a la artillería, efectuó importantes obras de defensa, así como acopio de carnes y granos.

Tras la toma posterior de Feria por los franceses, su ánimo no decayó en sus movimientos por Burguillos, Fuente del Maestre, Jerez de los Caballeros y Salvatierra. El 6 de septiembre de 1810 escribió a su jefe el marqués de La Romana desde Llerena: «Salgo en este momento, lleno del mayor júbilo y alegría, a buscar a los enemigos... Puede vivir V. E. seguro de que haré cuanto esté de mi parte y pueda convenir al bien de la Nación. Reco-

(19) TORENO, conde de: *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*. Pamplona, Urgoiti, 2008, 405.

geré desertores, traidores y cuanto pícaro se me ponga por delante, resucitando al mismo tiempo el entusiasmo y patriotismo en los pueblos de mi tránsito».

Notable fue, seguidamente, la actuación de Morillo en Fuenteovejuna y Zafra, lo que determinó que fuera ascendido a brigadier por un decreto dado en Cádiz el 14 de marzo de 1811. Con motivo de su ascenso, cruzó cartas de agradecimiento al general Castaños, agradeciéndole cuánto le debía al destinarlo al Ejército de Tierra, a lo que el vencedor de Bailén le contestó lamentándose del «justo sentimiento que deben causarnos las infamias que cometen los guerrilleros y comisionados. En cuanto a estos —le decía—, es menester llamarlos a todos, sea la clase que fuera su comisión... pero la gran dificultad es sujetar a los guerrilleros; y cuando Dios nos proporcione en adelantar en Extremadura, tengo pensado en usted para deshacer estas gavillas, sin que los que las componen se vayan a sus casas o se pasen a los enemigos, pareciéndome por lo que respecta a los comandantes, no será difícil agarrarlos».

Dados los inaceptables daños que los llamados «partidarios», y sobre todo los «guerrilleros», causaban a los pueblos, Castaños llegó a ordenar al brigadier que por cuantos medios pudiera los exterminara. Ante lo que éste manifestó que quedaba enterado de esta orden «en atención a los graves perjuicios que causan los guerrilleros en los pueblos, que a la verdad son bien frecuentes; y por mi dictamen debería disiparse esta casta de bandidos, donde sólo se oyen lamentos de sus habitantes. De esta suerte se lograría engrosar el ejército y al mismo tiempo resucitaría el entusiasmo y patriotismo de los buenos españoles».

Ante la necesidad de resolver el problema de los guerrilleros, el general le decía al brigadier en carta de 5 de septiembre de 1811 que, ante la multiplicación de representaciones de los mismos pueblos contra los guerrilleros, había sugerido a las Cortes, vía la Regencia, la conveniencia de formar un reglamento para sólo contar con los «buenos guerrilleros». Pero esta propuesta fue muy mal admitida en las Cortes, en donde, según le adelantaba el general a Morillo, llegaron a proferirse «expresiones bien poco decorosas para los jefes militares», tal como habían publicado los mismos periódicos. Hasta el punto de que *El Conciso*, por ejemplo, llegó a declarar como «enemigo de la Patria» a todo el que lo fuera de los guerrilleros. Todo lo cual le decía el general como prueba de lo «equivocada» que estaba al respecto la opinión pública. «El tiempo desengañará —agregaba el general—, pero entretanto sería imprudencia en el que manda oponerse abiertamente a la opinión del Congreso soberano y al torrente del público; y cada día tendrá usted nuevos motivos para experimentar cuánto trabajo cuesta hacer bien».

Por su parte el brigadier Morillo compartía con Castaños su aversión a los guerrilleros. Pues si algunos merecían, en verdad, aplauso y alabanza, los más de ellos, a su juicio, eran en extremo perjudiciales a la marcha de la guerra por las vejaciones y atropellos que cometían en los mismos pueblos. El brigadier

mostraba, todo lo más, su confianza en Chaleco, un médico como don Juan Peralta, Sama y algunos más, pero no en la mayoría, «cuya criminal conducta ha consternado a todos los pueblos de esta parte de Extremadura y la Mancha». Con la particularidad de que, ante el crecimiento del número de tales «ladrones», el brigadier estimaba que «sólo para disipar esta raza se necesita un siglo».

A pesar de las adversidades de la guerra, el brigadier continuó luchando con su probado arrojo, tal como se manifestó en la acción de Belalcázar, en la noche del 6 a 7 de junio de 1811. Su actividad por entonces no sólo se desplegó contra los guerrilleros, sino contra los partidarios de los franceses. Por lo cual llegó a proponer la necesidad de establecer «una nueva y severa ley contra las justicias y los poderosos, que son los que abiertamente manifiestan su adhesión al partido enemigo, encubriendo a los ladrones y desertores y teniendo una puntual inteligencia con unos y otros».

Dada la peligrosidad de Morillo y su columna, los franceses le persiguieron de forma obsesiva. Lo que hizo que tuviera que retirarse desde Puertollano a Sierra Morena, retrocediendo después hacia Medellín, Don Benito y Cáceres. Notable fue, seguidamente, su acción de Arroyomolinos, en donde obtuvo uno de sus más importantes triunfos. Todo lo cual provocó los recelos de su jefe el conde de Penne-Villemur (20).

Contando con la plena confianza del general Castaños, en diciembre de 1811 éste ordenó a Morillo pasar a La Mancha para distraer por todos los medios posibles la atención del enemigo, al tiempo que el general inglés Sir Rowland Hill le ordenaba hiciese un movimiento de flanco por la Serena para proteger a los suyos. La rapidez de sus marchas fue causa de que por algún tiempo se ignorara su situación. Mientras el brigadier lo mismo se encontraba en Ciudad Real que en Almagro, Porcuna o La Serena. A comienzos de abril de 1812 pensó dirigirse a Sevilla, al enterarse que el mariscal Soult había salido con todas sus fuerzas, de siete a ocho mil hombres.

Por disposición del general Hill pasó seguidamente a la villa de Medina de las Torres, donde apresó, según el decir de Antonio Rodríguez Villa, muchos espías, afrancesados, ladrones y desertores, manifestando que sobre todo de los últimos estaban «apestados» aquellos pueblos, y que no podía haber orden mientras no se fusilase una docena cada mes.

En abril de 1813 recibió de Wellington, por conducto de Hill, la orden de acercarse a su cuartel general para facilitar los movimientos y pasar el Tajo por Alcántara. Las necesidades pasadas por sus hombres, en un territorio por

(20) De todo ello se quejará Morillo a su primer jefe el general marqués de Monsalud —su «venerado» general—, a quien la Regencia nombró, en 24 de noviembre de 1811, comandante general del Ejército y provincia de Extremadura. Cfr. El folleto *El Capitán General Marqués de Monsalud*, por el marqués de Monsalud. Madrid, 1909.

completo arrasado, fueron extraordinarias. Desde Alba de Tormes le dirá al general Castaños el 27 de mayo de 1813 que «son tantos los tropiezos que hallo en el ramo de subsistencia para mi división, que no alcanzo ya medio alguno por donde el soldado pueda recibir su sola ración. Los pueblos fríos e indiferentes al bien de la tropa no dan ni un pan como no sea amenazados por la fuerza; y si yo pudiese emplear ésta a mi voluntad para exigir las cuando se niegan a contribuir, me lisonjeo de que no jugarían los alcaldes tan descaradamente».

No obstante, cuando poco después el propio Wellington, días antes de la batalla de Vitoria, revisó la división de Morillo, quedó satisfecho de su estado. De marcha en marcha, y en combinación con las tropas inglesas de Hill, Morillo pasó de Extremadura a Castilla y de Castilla a las Provincias Vascas. Su participación, finalmente, en la batalla de Vitoria —que terminó con las pretensiones de José Bonaparte de ser rey de España— (21) fue fundamental en la victoria de Wellington. Hasta el punto de que por ello, a propuesta del general inglés, fue ascendido a mariscal de campo, por decreto de la Regencia dado en Cádiz el 3 de julio de 1813. En el parte de la batalla dado por el propio Wellington, diría éste que «en ella fue herido nuestro famoso general Morillo, mas que sin embargo no abandonó el campo». El general británico lo eligió para figurar con los demás generales con mando en aquella jornada en el grupo que hizo pintar para celebrar a los vencedores.

Con posterioridad, las órdenes de Wellington, que consideró ciertas las noticias de los desórdenes cometidos por las tropas del nuevo mariscal español, fueron muy duras en lo concerniente al ejército de éste. A lo que Morillo replicó que los franceses no distinguían entre español y español, y que los desórdenes los cometían los voluntarios españoles de las divisiones británicas y portuguesas. No obstante lo cual, Wellington castigó a la división a que se pusiera en formación desde una hora antes del alba hasta una hora después de la puesta del sol. El disgusto del general español fue extraordinario. Fue un castigo que causó hondo resentimiento en Morillo. «No hay ninguna clase de bestia española, nacida al mediodía —llegó a decir el mariscal— que viva setenta horas en tales circunstancias y tal terreno» (22).

Finalizada tan brillantemente la actuación del mariscal Morillo en la guerra, con su intervención incluso en Francia a pesar de Wellington, aquél recibió el mando del ejército expedicionario de Tierra Firme para iniciar la reconquista de América. Previamente, desde San Juan de Luz, en 10 de mayo de 1814 felicitó en su nombre y en el de su división al rey Fernando VII por su feliz llegada a España. Un día antes, el rey había firmado un decreto en el

(21) MORENO ALONSO, Manuel: *José Bonaparte. Un rey republicano en el trono de España*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2008, p. 373 y ss.

(22) GURWOOD: *The despatches of the Duke of Wellington*. Tomo VII, pp. 221-246.



Campaña de Venezuela. Desembarco de las tropas españolas en la punta de Mangles de la isla Margarita (13 de julio de 1817). (Museo Naval. Madrid).

que anunciaba su deseo «de poner término a las calamidades que afligen a varias provincias de los dominios de América».

Poco después se decidió la creación de una fuerza expedicionaria para restablecer la situación en América, para la cual se propuso el nombre de Morillo. La decisión de ello correspondió a una junta de generales, creada por orden de primero de julio de 1814, y de la que formaban parte los generales Castaños, Palafox, Castelar, Villalba, O'Donnell, O'Donojú y Wimpfen. En verdad fue a Castaños a quien, una vez más, el mariscal debió su nuevo destino. A consecuencia de ello recibió el título de capitán general de las provincias de Venezuela y de general en jefe del ejército expedicionario en 14 de agosto de 1814. Al enterarse de ello el propio Wellington, en carta al general Freire de 12 de junio de 1814, le participó la certeza de que «el general y la división cumplirán su deber». Por su parte, el rey, al saber el estado tan precario en que se encontraba el mariscal, en 12 de octubre de 1814 le concedió una pensión anual de 20.000 reales. Después el mariscal se trasladó a Madrid a primeros de noviembre para despedirse de sus antiguos jefes, los generales Freire y Castaños, antes de emprender su viaje a América.

Por un decreto publicado en la *Gaceta* de 8 de noviembre de 1814, se dispuso que el ejército que al mando del general Morillo estaba destinado a las provincias del Río de la Plata se hallaba ya completo el día 20 de este mismo mes en Jerez de la Frontera y pueblos inmediatos. La fuerza marítima de la expedición —puesta bajo el mando independiente del brigadier Pascual Enrile— contó con el navío de 64 *San Pedro Alcántara*, mandado por Francisco Salazar; de las fragatas de 34 *Diana* e *Ifigenia*, bajo el mando de los capitanes José de Salas y Alejo Gutiérrez de Rubalcaba; de la corbeta de 22, al mando de Ramón Eulate; de una goleta de a ocho y trece faluchos cañoneros. «El Almirante Enrile podía jactarse —escribirá don Salvador de Madariaga— de haber mandado la expedición más numerosa que había cruzado el Atlántico desde el descubrimiento de América».

Desde esta fecha hasta el 17 de febrero de 1815 estuvo la tropa destinada a la expedición acuartelada y vigilada para evitar desertiones, anunciándose todos los días su salida para el día siguiente ante el disgusto de las propias tropas y su general en jefe. La expedición se haría a la mar, finalmente, dicho día 17 de febrero. Se hallaba compuesta de 10.000 hombres efectivos. En



Campana de Venezuela. Toma del Puerto del Norte o Juan Griego, en la isla Margarita, por las fuerzas navales y terrestres españolas a las órdenes del teniente general Pablo Morillo (8 de agosto de 1817). (Museo Naval. Madrid).

principio su primer destino iba a ser Montevideo para contribuir a la «pacificación⁷ del Río de la Plata, pero después se dirigió a Costa Firme, al istmo de Panamá, con el consiguiente disgusto de la tropa y de su general en jefe.

A éste habría de corresponderle la gran responsabilidad de la «pacificación». En su libro sobre Bolívar, Salvador de Madariaga dirá que el nuevo comandante en jefe de aquella fuerza no fue, como el propio Bolívar, un aristócrata, sino «un hombre del pueblo». No obstante lo cual, ciertos aspectos de su carrera recordarían la del propio Bolívar, pues éste saltó de teniente a coronel cuando la Junta de Caracas lo mandó a negociar a Londres, por creer la Junta que le serían necesarios los galones para compensar su juventud. También como Bolívar, fue Morillo ante todo un guerrillero y, como aquél, muy disciplinario (23). Era el comienzo de una segunda etapa de la vida del general, marcada por la dureza de la lucha en una verdadera guerra civil. Una etapa fundamental de su vida que comprenderá los seis años (desde principios de 1815 hasta finales de 1820) que el general Morillo pasó en América como general en jefe del ejército expedicionario destinado a Costa Firme.



(23) MADARIAGA, Salvador de: *Bolívar*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1959, I, p. 502 y ss. Según Madariaga, de la correspondencia con Wellington se comprenden no pocos de los sucesos posteriores realizados en América en lo referente a las acusaciones que recibió por permitir tales excesos, que, por otra parte, se refirieron «a abusos que jamás llegaron a crímenes de sangre», pues se trataba de raterías menores, sobre todo de víveres.